

Jorge García Usta, gran gestor cultural del Caribe

Darío Henao Restrepo
Universidad del Valle

La muerte del poeta, periodista e investigador cultural Jorge García Usta, acaecida el pasado 25 de diciembre en Cartagena, a los 45 años de edad, causó consternación en todos los medios culturales del país. Sus libros de poesía obtuvieron premios nacionales, igual que muchos de sus reportajes e investigaciones literarias. Se destacó, además, por su labor en el diario El Universal, el Observatorio del Caribe, el Festival de Cine de Cartagena, la Universidad de Cartagena, la Fundación Héctor Rojas Herazo y por su papel como editor y colaborador de revistas como *En tono menor*, *Historia y Cultura* y *Aguaita*. Para la cultura colombiana su temprana partida es una pérdida enorme.

Ahora que Jorge García Usta ha partido de este mundo y andará encantado, soy más consciente que nunca de la fortuna que fue haberlo conocido y frecuentado por años. Vuelve a mi memoria aquella tarde de 1979, en Cartagena, cuando nos vimos por primera vez y me habló de su revista *En Tono Menor* y me pidió una nota sobre Andrés Caicedo, al que le dedicara un sentido poema en su *Libro de las crónicas* (1989). Vivía aún con su madre, Nevija Usta, en los altos de un caserón colonial en la ciudad vieja, en la calle Don Sancho, y desde entonces, este descendiente de emigrantes árabes, con apenas 19 años, daba muestras de gran talento y endemoniada capacidad de trabajo. Los años posteriores a este primer encuentro propiciaron el tejido lento entre nosotros de fructífera amistad y diálogo intelectual, un ritual que Jorge practicó con sabia terquedad y sin igual devoción.

Desde muy joven hizo de todo en el campo de las letras, el periodismo y la cultura. Ir a Cartagena y buscar al poeta de Ciénaga de Oro era un ritual ineludible. Ya fuera en El Universal, en la Universidad de Cartagena, en el Festival de Cine, en el Seminario Internacional de Estudios del

Caribe o en el Observatorio del Caribe donde era editor de la revista *Aguaita* o en las reuniones de amigos que compartían la misma orilla. Ahí estaba siempre la figura afable y generosa de Jorge, siempre ocupado en diversos proyectos y atento a lo que pasaba en el mundo. Con él se podía hablar de todo sin solemnidades y con esa sabiduría que aprendió de su madre y las gentes de su pueblo, de esa fabulosa tradición oral del Caribe, llena de astucias y arcaísmos.

La vida de Joche, como lo llamaban sus amigos, fue la de un poeta que se lanzó a su oficio como sobre un festín, un río, una mujer dulce. Según sus propias palabras, el primer contacto inconsciente con la poesía lo tuvo con los seres marginales de su pueblo, Ciénaga de Oro: locos sabios, hombres de esquina, y narradores gratuitos del reino de las mesas (la mesa de fresco, la mesa de fritos y la mesa de billar), que tenían una noción de la palabra, de la pureza del narrar, absolutamente providencial. De ahí que cuando leemos su poesía percibimos el hilo secreto que siempre mantuvo con ese mundo simple y sabio de los seres anónimos, que le permitieron percibir la épica de lo cotidiano en el que la fraternidad se despliega con todos su dones.

Como señala su entrañable amigo, el poeta Rómulo Bustos, García Usta en su poesía

reconoce y convoca hermandades, todas aquellas que han entendido el precario oficio de ser hombre, que han reconocido su arcilla y su vuelo, y que en esa precariedad, en ese costado que sangra, han sabido hallar el punto de partida de toda esperanza, de toda armonía, de toda lucha por la dignidad del hombre: Heráclito, Klee, Homero, Gauguin, Serrat, Villón, Vallejo, dolor largo y acusativo, como un bostezo de pobre, Porfirio con sus bueyes de ansia, con la docencia de su grito, Neruda, el hombre que es un río y también una montaña, Whitman, el tonante Whitman, el susurrante Whitman. La hostigación, el cerco son de este mundo. No hay dioses en esta épica. Es una épica a la medida del hombre: barro que en su propio sudor se modela.¹

¹ Rómulo Bustos, “Una épica de lo cotidiano”, artículo incluido al final del libro que reúne toda la obra poética de Jorge García Usta, *Noticias de un animal antiguo*, Gobernación de Córdoba, Serie Poesía, 2001.

Con estas savias vitales inspiró sus libros de poesía: *Noticias desde otra orilla* (1985), *Libro de las crónicas* (1989), *El reino errante* (1991), *Monte adentro* (1997) y *La tribu interior* (1995), que nos adentran a ese Caribe profundo que fue la razón de su existencia. Con una mirada contemporánea se zambulló en la memoria de su stirpe e hizo de ese mundo una de las obras poéticas más sólidas y singulares de su generación.

Con sus investigaciones acerca de la literatura colombiana nos legó valiosos aportes para comprender su proceso de configuración moderna. En especial sobre Gabriel García Márquez y Héctor Rojas Herazo, cuyas obras esculcó a fondo para situarlos como los grandes renovadores de la novela y el periodismo en Colombia en el siglo XX. Sobre el periodo juvenil de García Márquez en *El Universal* de Cartagena, publicó un libro esclarecedor y capital, *Cómo aprendió a escribir García Márquez* (1995), que reconstruye paso a paso cómo se va gestando el estilo, la mirada y la visión de mundo del futuro novelista. Este es un libro vital para todos aquellos, en especial los jóvenes, que quieran entender los meandros del oficio de escribir. Lo que escribió sobre Rojas Herazo, quizás con más énfasis, pues tenía la convicción de que la lectura y valoración de su obra, a pesar de su altísima calidad, no contaba con el merecido aparato publicitario que había logrado la de García Márquez. A tal punto, que encabezó la creación en Cartagena de la Fundación Héctor Rojas Herazo. Sobre el extinto escritor de Tolú escribió artículos y ensayos en periódicos y revistas, un libro de recopilación de crítica sobre su obra, *Visita al patio de Celia*, y la compilación y prólogo de un antología de textos periodísticos en dos tomos —*Vigilia de las lámparas* y *La magnitud de la ofrenda* (2005)—, labor que le tomó más de 15 años y en la que tuvo la fortuna de trabajar con el propio autor. El ensayo que sirve de prólogo, *El poeta como cronista*, es un completo y exhaustivo balance del proceso de configuración del periodismo moderno en Colombia. En la línea de su maestro y amigo, Jorge también fue un cronista y un convencido de que sin poesía no hay buen periodismo.

Al patio de los juglares del Caribe, en compañía de Alberto Salcedo Ramos fueron en busca de sus voces legendarias para entregarnos los más bellos reportajes que jamás se hayan escrito sobre músicos populares

en Colombia, *Diez Juglares en su patio* (1994). Ciro Barón, Clímaco Sarmiento, Rufo Garrido, Andrés Landeros y Toño Fernández, en la pluma de García Usta, y Alejo Durán, Catalino Parra, Leandro Díaz, José Barros, Tobías Pumarejo y Rafael Escalona, en la de Salcedo, vuelven a nosotros en toda su dimensión existencial y creativa, en un lenguaje espléndido que hace justicia con toda la poesía que hay en sus inolvidables canciones como Matilde Lina, La piragua, La casa en el aire, Candelaria, La vispera de año nuevo, Josefa Matía, La vaca vieja y Cero treinta y nueve.

Y más, Jorge fue uno de grandes gestores culturales de Cartagena, realizando, aupando o asesorando emprendimientos como revistas, eventos académicos, libros, investigaciones y festivales de cine, todo con el norte claro de reivindicar la cultura regional del Caribe en diálogo y entrecruzamiento con las otras del país y el mundo. Su participación como editor de la revista del Observatorio del Caribe, *Aguaita*, fue definitiva para la construcción de un propósito que él mismo definió como “una mirada plural a la región”, agregando, que el pluralismo que necesita el análisis de los temas de la región consiste no en proponer panaceas eclécticas, sino en propiciar el ambiente ecuaníme del encuentro de todas las voces, métodos e ideologías que han estudiado la región.

Sobre el papel de sus oficios, que entrañan una gran lección, dijo: “Creo que la inmortalidad, es decir la posibilidad conmovedora de inventar una memoria que vaya más allá de los huesos del pobre juglar, se consigue mediante muchas formas, todas ilusorias y parciales: una pasión, una conversación, una experiencia, un amor, una amistad, un reportaje, un relato, un poema. Hay que creer en eso. Además, los que son inmortales son los instantes, no la existencia que como totalidad suele ser monótona y con frecuentes espacios de muerte”. Quienes compartimos esos instantes maravillosos disfrutamos en vida un poco del valioso legado que Jorge García Usta le deja a la cultura, la literatura y el periodismo colombiano.